

DISCURSO DE LUIS RAMIRO BELTRAN SALMON
AL RECIBIR EL PREMIO
MCLUHAN-TELEGLOBE CANADA
DE MANOS DE SU EXCELENCIA
EDWARD SCHREYER, GOBERNADOR GENERAL
DEL CANADA EN EL SALON RIDEAU
DEL PALACIO DE LA GOBERNACION,
EN OTTAWA, EL 7 DE DICIEMBRE DE 1983

Pareciera lógico esperar de un especialista en comunicación que pueda siempre expresar sus sentimientos con propiedad y soltura. Pero la lógica se detiene a las puertas del corazón, que es donde la gratitud y la dicha florecen. Y cuando estos sentimientos se desbordan no encuentra una palabra adecuada para trasuntarlos. Sin embargo, espero poder comunicar a ustedes mi complacencia y reconocimiento por ser el primero laureado con el Premio McLuhan – Teleglobe del Canadá.

Es verdaderamente un gran honor recibir este premio de manos de Su Excelencia, el Gobernador General del Canadá. En nombre propio, en el de mi país – Bolivia – y en el de América Latina, deseo expresar mi más profundo agradecimiento a Su Excelencia y, por su intermedio, al gobierno y al pueblo de Canadá.

Aprecio plenamente la significación de este premio. Por una parte, él brinda invaluable culminación a mi carrera. Y por otra parte, en cambio, me impone la obligación de intentar nuevas empresas. Y es que aún queda mucho por hacer en el largo camino de la comunicación democrática.

Al celebrar el Año Mundial de las Comunicaciones, el premio ofrece un gran estímulo para los comunicadores en todos los países y confiere una nueva jerarquía a su profesión. Por tanto, además de agradecer a la Comisión Canadiense para la UNESCO, a Teleglobe del Canadá y a la UNESCO, deseo congratularlas por su feliz iniciativa. Y ruego a los distinguidos miembros del Jurado de 1983 aceptar mis más sinceros agradecimientos por haberme escogido como al primer ganador de la competencia.

Nunca pensé que mi labores pudieran ganar otra recompensa que el sencillo placer de realizarlas. Tampoco imaginé que mi nombre pudiera resultar vinculado un día al de Marshall McLuhan. Me habría gustado conocer a este desconcertante pensador que, según Henry Boyle, también fue un ser humano muy agradable. Siempre ingenioso, a veces contradictorio y frecuentemente críptico pese al lenguaje simple que usaba, el filósofo canadiense de la cultura y la tecnología fascinó al mundo. A menudo, sus desusados aforismos no fueron entendidos y, cuando lo fueron, algunos de ellos resultaron duramente cuestionados. Pero nadie pudo desconocerlo ni dejar de admirar su fértil intelecto y su originalidad. Controvertido profeta del Siglo XXI, a McLuhan lo aplaudieron aún aquellos a quienes él criticara. Con su galáctica sonrisa, nos dejó – como lo hacen todos los buenos poetas – nuevos mitos y audaces visiones. Y, a diferencia de otros visionarios de este siglo, él mismo llegó a constituirse en un mito de la era encantada de la aldea global.

Admiro a la gente canadiense desde hace muchos años, especialmente desde que tuve el privilegio de conocer a Lester B. Pearson en un foro en 1974 en New York. No olvidaremos en el Tercer Mundo la lucidez con que él percibió el subdesarrollo y la firmeza con que luchó para ayudarnos a superarlo. Esa lucha continúa hoy bajo el liderazgo de instituciones canadienses como el Centro

Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, para el cual he tenido el privilegio de trabajar en mi región por años. En efecto, fue estando al servicio del CIID que realicé varias de las tareas por las que hoy se me recompensa.

Canadá sobresale hoy como nación delantera en cuestiones internacionales. El segundo país más grande de la tierra tiene la humildad de optar por la paz, la integridad de defender la justicia y la sabiduría de propiciar la cooperación. Rodeada por los gigantes que pugnan por la hegemonía mundial al precio de poner en peligro la subsistencia de la especie humana, esta nación afirma su soberanía y se opone valerosamente a la carrera armamentista. En un mundo enajenado que gasta en armas más de un millón de dólares por minuto mientras 800 millones de personas apenas tiene qué comer, se escucha la voz del Canadá alzándose en contra del espectro del holocausto nuclear. Recientemente, en Guelph, el Primer Ministro, Pierre Trudeau, dijo:

“No puede infundirse en un día un nuevo clima de confianza entre el Este y el Oeste, ni la carrera armamentista puede ser detenida de la noche a la mañana. Pero, en la medida en que yo, y otros dirigentes que comparten este propósito, podamos actuar de consuno para forjar una auténtica confianza, yo les prometo que lo lograremos”.

La comunicación apoya este emprendimiento. Producida por la Junta Cinematográfica Nacional y distribuida por la Corporación Canadiense de Radiodifusión, la película “Si Amamos Este Planeta” y la serie televisiva “Guerra” dan evidencia del compromiso canadiense con la preservación de la especie humana. ¿Y no se podría decir que el Primer Ministro del Canadá está desempeñando, en este preciso instante, un crucial papel de comunicación para evitar la catástrofe?

Menos dramática pero no menos ominosa que la desavenencia entre el Este y el Oeste es la creciente confrontación entre el Norte y el Sur. Y menos divulgadas que esta confrontación, pero no menos deplorables, son las disparidades que prevalecen dentro de cada país del Tercer Mundo. La falta de equidad sólo puede contribuir a la violencia y a la guerra en el planeta. No puede haber paz donde no hay justicia.

Tanto entre países como dentro de cada uno de ellos la brecha que separa a los pocos ricos de los muchos pobres está aumentando en vez de disminuir. Las deidades de la época, la ciencia y la tecnología, no han traído consigo la justicia. Y para la mayoría de los seres humanos el desarrollo simplemente no ha ocurrido.

El Tercer Mundo esta, en efecto, atravesando por su crisis más grave desde la depresión de 1930. Los términos del intercambio comercial con el mundo

desarrollado han descendido a niveles alarmantes de deterioro. Muchos de los países en desarrollo están cayendo en un endeudamiento externo más profundo al pagar tasas de interés más altas y tener que cumplir plazos de pago más cortos a la vez que sufren la imposición del aumento de barreras contra la exportación de sus productos manufacturados. Por ejemplo, la deuda externa de América Latina creció de 67 billones de dólares en 1975 a casi 300 billones en 1982.

Tan injustas son las condiciones de la economía internacional que los países del Tercer Mundo proclamaron en las Naciones Unidas la voluntad de forjar un Nuevo Orden Internacional de la Economía y están lidiando para lograrlo sin que importe cuán lenta ni penosamente.

Las relaciones económicas intranacionales no son menos sesgadas a favor de los pocos poderosos que las internacionales. En América Latina, por ejemplo, las sociedades están en la mayoría de los casos gobernadas por élites tradicionalistas obstinadas en preservar sus privilegios al precio de la miseria y la opresión para las masas. En proporción tan exigua como un 10%, familias privilegiadas concentran en sus manos cerca del 50% del ingreso total. Igualmente, 7% de la población agrícola posee 93% de las tierras bajo cultivo en tanto que el tercio más pobre de esta población tiene que arreglárselas con apenas el 1% de ese recurso.

Nunca había sido tan grave la situación económica de América Latina como lo es hoy. La tasa de crecimiento de su producto interno bruto se desplomó desde un promedio de 5.5% para el período 1950-1980 hasta menos 0.9% de 1982. Asolada por la inflación, atormentada por altos precios y bajos salarios y angustiada por la falta de empleo para 40 millones de seres humanos, la región está padeciendo un peligroso aumento de las tensiones sociales y de la inestabilidad política. Nada más que en Centro América, la violencia ha cobrado un terrible precio: 100.000 personas muertas en cinco años.

Ahora es palmariamente claro que el modelo clásico de "modernización" constituye un oneroso fracaso en el Tercer Mundo. Aquél postula una visión deshumanizada del progreso que equipara el crecimiento material con el desarrollo humano y el tener más con el ser mejor. Más aún, el modelo no da lugar a la justicia social.

Inseparable de su entorno, la comunicación en los países del Tercer Mundo sigue estrechamente el patrón general de injusticia. No es más que otro privilegio de los pocos y actúa como instrumento para la perpetuación del status quo. Tómese Latinoamérica como ilustración de ello.

Los medios de comunicación masiva están concentrados en unas pocas ciudades grandes. Están considerablemente bien desarrollados. Sin embargo, sus mensajes alcanzan principalmente a minorías de las clases alta y media, educadas y económicamente acomodadas, mientras casi la mitad de los campesinos no tienen acceso siquiera a la radio. A menudo se considera trivial, mercantil y conservador el

contenido de los medios de comunicación masiva, a la vez que indiferente a las necesidades de la educación de las masas para el desarrollo. La propiedad de aquellos es casi totalmente privada y a veces oligopólica.

Alrededor del 50% de todas las películas de cine y de los programas de televisión provienen de los Estados Unidos. Como un 60% de todo el tráfico de noticias relativo a la región es manejado por la AP y la UPI, que dan al mundo una imagen fragmentaria y distorsionada de América Latina. Pero el factor decisivo es la publicidad. Dos tercios de los ingresos de la prensa latinoamericana provienen de 30 corporaciones transnacionales de negocios, en su mayoría originadas en Estados Unidos, en tanto que la cifra se acerca al 100% en el caso de la televisión. Los principales diarios dedican más de la mitad de su espacio a los avisos. Directamente o por medio de subsidiarias locales, el negocio publicitario está controlado en alrededor del 90% por nada más que 10 firmas de los Estados Unidos, cuyos gastos anuales exceden los 2.000 millones de dólares.

¿Podría no tener consecuencias una influencia semejante? No. En efecto, la situación parece ser la de dominación cultural añadida a la de dependencia económica y política. Y lo que sucede en Latinoamérica no es muy diferente de lo que ocurre en el resto del mundo subdesarrollado. Más aún, un problema semejante existe también en algunas partes del mundo desarrollado, tal como lo ilustra con claridad el caso de Canadá. Pearson mismo habló una vez de la "contaminación cultural" como una amenaza para la identidad de su nación.

¿Debería ser sorprendente para alguien el que exista un movimiento para reformar tal situación? El movimiento comenzó hace un cuarto de siglo en América Latina, involucrando a académicos, a políticos y a los propios profesionales a cargo de los medios de comunicación. Ellos cuestionaron las nociones clásicas de "libertad de información" y "libre flujo de la información" que los ganadores de la Segunda Guerra Mundial habían proclamado como principios de la Organización de las Naciones Unidas. Los argumentos fueron que la libertad de información sólo existía a favor de las minorías gobernantes y que el libre flujo de la información era un proceso de una sola vía que privilegiaba a las naciones industriales. Expertos canadienses que concurren a un encuentro internacional en Montreal en 1969 compartieron plenamente estos puntos de vista y recomendaron medidas correctivas.

Para mediados de los años 70 el movimiento había convertido a la comunicación en un crucial tema de debate público. Sin duda la década de 1970 será recordada como aquella en que, por primera vez en la historia, la comunicación llegó a constituirse en un candente escenario del juego internacional de poder.

En la búsqueda de mejoramientos, todo cayó entonces bajo escrutinio. Conceptos y técnicas tradicionales. La estructura y la financiación de las actividades de comunicación. Los papeles del Estado, de la empresa privada y de los profesionales en ella. Las existentes orientaciones de la producción, la enseñanza y la investigación. La moderna tecnología de comunicación y los computadores. Los

derechos de comunicación. La naturaleza de las noticias. El uso de la órbita geoestacionaria.

Detrás de todo ello está la convicción de que, en la teoría y en la práctica, la comunicación no es actualmente democrática. Sentimos que lo que ocurre bajo tal rótulo es a menudo poco más que un monólogo persuasivo por el cual una poderosa "fuente" ejerce dominación sobre un "receptor" pasivo. Para ser democrática la transacción comunicativa debe tener lugar en condiciones de acceso, diálogo y participación libres e igualitarios. Además, el moldear el comportamiento de los demás no debe ser el propósito predominante de este intercambio puesto que los seres humanos se comunican con múltiples fines en función de sus diversas necesidades.

Similarmente, pensamos que la libertad de comunicación puede existir de verdad sólo cuando todos los seres humanos puedan tener efectivamente a su disposición irrestrictas opciones como emisores y como receptores de mensajes que portan información y opinión, y cuando tienen acceso sin cortapisas a las fuentes de información.

Alegamos que la comunicación no debe ser una herramienta para la irreverente manipulación de los seres humanos con el afán de satisfacer los intereses creados de unos pocos. Tampoco debe la comunicación emplearse para preservar una injusta estructura social; debe usársela para transformarla de manera que prevalezcan la justicia y la paz.

También sostenemos que el comportamiento no democrático en comunicación que hiere a la libertad y a la dignidad humanas es claramente una característica de los regímenes autoritarios, sea que sigan una ideología u otra y sean ellos militares o civiles. Pero él es asimismo una característica de sociedades aparentemente democráticas que defienden la libertad convencional a la vez que violan los derechos humanos, incluyendo los de comunicación. La coerción por medio del boicot de publicidad, por ejemplo, es un procedimiento tan condenable como el de la directa censura gubernamental de los medios de comunicación.

Guardan relación directa con ideas como éstas una serie de estrategias y técnicas para la comunicación democrática que van siendo puestas en práctica en muchas partes de América Latina como formatos alternativos o suplementarios. La "prensa nanica" del Brasil. La radiodifusión por campesinos aymaras y las emisoras de los sindicatos mineros de Bolivia. El cassette-foro rural experimentado en Uruguay y Guatemala. Las escuelas radiofónicas de Colombia que se han regado por toda la región. Las películas producidas por obreros en Nicaragua. Los experimentos peruanos de videomóvil rural y de comunicación en las barriadas. Los grupos comunales de videocinta en Chile y Venezuela. Las agencias cooperativas de noticias orientadas hacia el desarrollo, tales como la ASIN y la ALASEI. Y otras de este jaez.

En otra dimensión de la búsqueda de soluciones, Latinoamérica también ha sido precursora en proponer el establecimiento legal de políticas nacionales globales de comunicación basadas sobre la participación pluralista y el consenso. Auspiciada por la UNESCO, tuvo lugar en Costa Rica en 1976 una reunión intergubernamental con este fin. Fueron producto de ella una declaración que supone bases doctrinarias para la comunicación democrática y un conjunto de recomendaciones para la acción.

En aquel mismo año, por otra parte, el Movimiento de los Países No Alienados proclamó su convicción de que se requiere un Nuevo Orden Internacional de la Información como instrumento indispensable para alcanzar el ya avizorado Nuevo Orden Internacional de la Economía. Prontamente apoyada en muchas partes del Tercer Mundo, esta propuesta encendió una agria controversia entre el Norte y el Sur.

Finalmente, entidades como la Comisión McBride de Comunicación respaldaron la iniciativa. Hoy el Nuevo Orden Internacional de la Información no puede ser tomado como una caprichosa intervención de la UNESCO, como la meta de unos cuantos gobiernos totalitarios o como un siniestro complot de una secta radical. El es ahora un legítimo diseño para el cambio, un ideal abrazado por muchos, un movimiento abierto a favor de la genuina democracia en las relaciones interculturales. Hace apenas un mes, el Director General de la UNESCO, Amadou Mahtar M'Bow, se refirió a él como inevitable, evolutivo e irreversible.

Al recibir el Premio McLuhan-Teleglobe Canadá, permítaseme, para finalizar, expresar la esperanza de que los años vean avances mayores en la evolución de la comunicación hacia la justicia y la paz.

En el umbral de 1984, hagamos votos de todo corazón por que el sueño de McLuhan de una fraterna "aldea global" prevalezca sobre la pesadilla de Orwell.

=====